

¡QUE NO SE ACABE ESA RAZA!

Fija la mirada al frente bajo el ala del jarano
Rigiendo con la siniestra la riendilla negro y
blanco

De ajedrezado de crines, con el bigote arriscado
que vela franca sonrisa sin retos ni sobresaltos
Sobre una silla bordada de un menudo piteado
Y fuste en el que un orfebre dejó artísticos
labrados.

Alegrando con la espuela el paso de su caballo
De dilatadas narices, pelo tordillo rodado,
Cola y crines en cascada, ancho endurecido
casco

Levanta la polvadera por caminos y sembrados
Una figura señera que es presente y es pasado.

Es el rey del campo abierto, de los horizontes
largos

De las tortuosas cañadas con sus caminos
quebrados;

El de los tupidos montes, el de los potreros
vastos:

El que aprisiona a los toros al extremo de su
lazo.

El que manejó la lanza cuando se llamó chinaco

El que cargó el 30-30 siendo revolucionario

El que abandonó el terruño para volverse
soldado

cada vez que de la patria volvió a escucharse el
reclamo.

Ninguno faltó a la cita, cada quien según sus
años,

desde el abuelo hasta el chozno que ahora
guardan los retratos

como guardan en los templos las reliquias de los santos.

Que no se acabe nuestra raza de hombres de a caballo....

Es la esencia de la tierra, es el grito campirano

El símbolo de la historia, es el centauro, es el charro

Vendaval que barre el viento de sierra, de costa y de llano.

Cuatro puntos cardinales dan variantes a su garbo;

son todos uno solo, es uno en cada recuadro.

Los siglos en él se pierden, en él se olvidan los años

pasan las generaciones sin estridencias, sin cambios;

mantienen sangre y arreos, lo que cambia es el caballo,

más fuerte, mejor plantado.

Vieja plata ennegrecida de los herrajes de
antaño

fustes que en las chaparreras con el uso
abrillantaron

Cuántos secretos esconden, el pasar de tantas
manos,

el jalón de tantas colas y de tanto pial
chorreando.

Los días de tantos sueños, las noches de tantos
gallos

las lluvias que en el jorongo tantas veces se
estrellaron

junto a una reja en penumbra con postigo
entrecerrado;

susurros que llevó el viento camino del
campanario

para que repique a boda, en cuanto se cumpla el
plazo.

Viejas calles de provincia que aún conservan su
empedrado

porque no borren los ecos que en sus piedras se
grabaron

Ecos de recios galopes, ecos de furtivos pasos;
recios galopes de guerra, furtivos enamorados.

Por campos, calles y plazas aún sigue pasando el
charro;

No es uno solo, son miles los que vienen a su
lado

montando como cabalgan los señores por el
campo

Van galopando en el cielo como sombras del
pasado,

sombras envueltas en niebla con perfiles
acusados.

Sombreros de piloncillo, calzoneras de chinaco,
de ellos tenemos nosotros los fustes en que
montamos,

las viejas botonaduras, las sillas de hermosos
bastos,

el sarape de gran gala, que casi se está
acabando

porque por su trama asoma el recuerdo de los
años.

Que no se acabe esta raza de los hombres de a
caballo

no por la espuela de estrella, no por el cinto
bordado

con ancha hebilla de plata y cartuchos alineados;

no por esas chaparreras que huelen a hombre y
a caballo.

No por una pachuqueña o un pantalón
campirano

Que no se acabe esta raza del traje cachiruleado
por el hombre que va adentro, viejo o joven, por
el charro

Por la mujer en que sueña, que si a él lo sueña
es montado

que si lo besa se oculta bajo el sombrero jarano;
que si sale a la ventana ve sus ojos reflejados
en broches que pulió el tiempo y otros ojos
reflejaron.

Que no se acabe esta raza porque tiene olor a
campo,

color de todos los cielos, sol de todos los
Estados,

murmullos de abrevaderos, de ríos, tanques y
tajos

El calor de los desiertos, el frío del altiplano y el
encanto de los llanos.

Que sigan tal como han sido, ni peores ni más santos,

ni más rudos ni más tiernos, ni altaneros ni humillados,

Más románticos si pueden porque eso nunca hace daño;

guarden vicios y virtudes tal como los heredaron;

el vicio se hace virtud cuando es propio y no copiado,

cuando viene de muy lejos, cuando es costumbre de antaño;

La virtud se torna vicio cuando se vuelve empalago,

cuando se presume de ella, cuando se lleva en un marco

como el pregón de una feria o como un simple reclamo

Que no se acabe esta raza de los hombres de a caballo

O que acabe yo primero, y no me toque llorarlo.

AUTOR: DELFIN SANCHEZ JUAREZ.